



Brague, Rémi, *¿A dónde va la historia?* Madrid, Ediciones Encuentro, 2016, 140 pp. ISBN: 978-84-9055-128-8.

Ediciones Encuentro vuelve a publicar una obra del historiador y filósofo Rémi Brague, especialista en filosofía medieval árabe y gran conocedor de las tres grandes religiones de Occidente; también poseedor del premio Ratzinger en 2012, que sería el equivalente al Nobel de Teología.

En esta ocasión, su obra *¿A dónde va la historia?* nos introduce en su pensamiento a través de una entrevista realizada por Giulio Brotti. Dicha entrevista se puede dividir en secciones o capítulos. En el primero (“La vida de las ideas”) se hablará de la memoria histórica y de la posición que los intelectuales han tomado al respecto, abordándose temas como la situación de la filosofía medieval en las universidades europeas (en concreto, en Francia), centrándose en las diferencias que hay entre filosofía árabe y teología islámica; de la providencia y de la libertad de los hombres, nombrando a figuras como Santo Tomás, Aristóteles, Jaspers y Heidegger, así como de la despersonalización sufrida durante la modernidad con la evolución científica. Posteriormente se comparará, explicará y “contrapondrá una versión ‘griega’, cíclica, de la historia a una visión ‘lineal’, bíblica” (p. 47). En este contexto, se hará mención a la idea de tiempo lineal contenida en el judaísmo, así como a la reflexión o filosofía de la historia que puede extraerse del cristianismo, haciendo referencia a san Agustín y san Pablo. En este mismo capítulo aparecerán elementos, como el de la ley de Dios, comentados en otras de sus obras anteriores. Todo ello para problematizar y tratar de esclarecer la cuestión de la historia.

Las preguntas del entrevistador están bien elaboradas y exigen de un cierto rigor o pensamiento crítico a la hora de responder, así como de un posicionamiento; lo que, por otro lado, Brague consigue hacer a la perfección.

En cuanto al segundo capítulo, tenemos un análisis de las tres grandes tradiciones religiosas ‘monoteístas’ occidentales (judaísmo, cristianismo e islam), que serán consideradas tomando como eje central el tiempo. El entrevistador cuestiona, por ejemplo, “¿cómo cambia exactamente la relación del hombre con el tiempo en el judaísmo (primero del Templo, después del rabínico), el cristianismo y el islam?” (p. 65). A lo que Brague responde analizando judaísmo, cristianismo e islam en su singularidad. En ningún momento veremos un análisis simple en el que el tiempo o la historia sean explicados de forma general. Dicha operación sería propia del sujeto no crítico, de aquel que no se atrevería a identificar y establecer diferencias entre las distintas religiones; esta actitud es criticada por Brague en este mismo capítulo. Frente a una respuesta individualizada, que atendería a un elemento concreto de una determinada religión, el filósofo francés critica la ausencia de espíritu crítico o de banalización en lo que a cuestión religiosa se refiere. Ello se debería, por un lado, a un intento de aunar las religiones, de comprenderlas desde la tolerancia y el respeto. Sin embargo, a juicio de Brague, para que exista una verdadera tolerancia hacia las

religiones es necesario considerarlas desde su originalidad y excepcionalidad. Agruparlas todas bajo una misma etiqueta es un error que, en ningún caso, resolverá el problema que aquí se plantea –a saber– si puede darse un auténtico diálogo religioso entre las tres religiones de Occidente. Pero, “demasiado a menudo no se asiste a otra cosa que a monólogos paralelos envueltos en azúcar. ¿Existe verdadera curiosidad por lo que piensa el otro? ¿Se desea aprender? ¿Se desea acabar con la imagen del otro que ha sido inculcada a lo largo de los siglos?” (p. 79). Efectivamente, lo que habría no sería una sincera intención de dialogar y de entenderse. El reduccionismo al que se han visto sometidas tales religiones despide un cierto tufo a intolerancia.

Así, en este capítulo se discutirá acerca de ciertos términos atribuidos a las religiones, como ‘religiones del libro’, ‘religiones de Abraham’, ‘religiones de la revelación’, ‘religiones monoteístas’, etc. que pondrían de manifiesto el desinterés general que se tiene de clarificar estos conceptos en cada religión.

También se analizará brevemente, como en anteriores obras, el objeto de Dios y su relación con cada religión para continuar problematizando las nociones y esquemas mentales básicos que las nuevas generaciones europeas están adquiriendo como universalmente válidos y que representan un error y un problema a la hora de conocer la riqueza de contenidos de cada religión. Un ejemplo de estos esquemas que están siendo aceptados como eslóganes puede ser: “todas se dicen monoteístas. Sin embargo, sería un error reunir las en una misma categoría ya que el modo en que estas religiones conciben la unicidad de Dios es diferente. Todas ellas no admiten más que un solo Dios, pero no entienden del mismo modo este ser ‘uno solo’” (p. 79).

En el tercer capítulo (“Malentendidos de la modernidad”) se hablará de la modernidad, haciendo un breve recorrido histórico y deteniéndose tanto en los hitos logrados, como en los errores atribuidos a ciertas personalidades o etapas.

En cuanto al cuarto (“¿Renunciar al hombre?”), se centra en la libertad, así como en las neurociencias, que pretenden explicar todo aquello que forma parte del hombre, incluyendo sus inquietudes existenciales, su deseo de libertad, su responsabilidad política, etc. Como dirá Brague, “el problema de toda esta cuestión nace del hecho que se puede preguntar quién exactamente expone estas teorías, quién precisamente aporta los resultados que la fundamentarían. ¿Quién es el que nos habla? ¿Un científico? ¿Una corteza cerebral?” (p. 116). Ello derivaría en preguntarnos por el futuro, por lo que será del hombre desde el ateísmo moderno y cómo pueden entenderse libertad y democracia desde aquí.

El libro puede servir como introducción para tratar la cuestión que el propio título plantea –a saber– ¿a dónde va la historia? Posibles respuestas aparte, lo que es innegable es el nivel de erudición de Brague, así como la buena elaboración de las cuestiones realizadas por el entrevistador Giulio Brotti. En definitiva, tenemos una entrevista rica en contenido, análisis y crítica, en la que la pregunta por la historia y su sentido constituyen los elementos nucleares de la reflexión. Para lectores ávidos de saber, que no se conforman con respuestas baladís, y que estén interesados en cuestiones de filosofía de la religión, filosofía de la historia, antropología, historia de la ciencia, etc. les recomiendo este libro.

Jesús Muñoz Carrillo
Universidad Complutense de Madrid